

El seis de octubre pasado, en torno a las once de la mañana, en la Plaza de San Pedro, Su Santidad Juan Pablo II proclamaba Santo a Josemaría Escrivá de Balaguer, reconociendo una vez más la santidad existente en la Iglesia. En este caso, en un sacerdote que ha destacado no sólo por predicar incansablemente la llamada universal a la santidad y al apostolado, sino también por hacer claro y «andador» el camino de la vida cristiana. Así lo ponía de manifiesto en la Misa de Acción de Gracias el actual Prelado del Opus Dei, al reconocer la deuda espiritual contraída por innumerables personas con el nuevo Santo: «No pocos nos esforzamos por seguir sus pasos de fidelidad al Señor en la tierra, tratando de reproducir en nuestras almas el espíritu que él encarnó. A todos San Josemaría nos ha mostrado —con su ejemplo y con sus enseñanzas— un modo bien concreto de recorrer la senda de la vocación cristiana, que tiene como meta la santidad».

Ésta fue la palabra más oída durante esos días: santidad. Y no sólo por el reconocimiento público y solemne de la santidad de Josemaría Escrivá de Balaguer, sino al mismo tiempo porque la llamada universal a la santidad, el encuentro con Dios en lo ordinario, constituyen el centro de su mensaje. Así se santificó él mismo: en las tareas ordinarias de su ministerio sacerdotal, un ministerio extenso y fecundo cuyas raíces se alimentaban de una ardiente vida interior, de un amor creciente a Dios y a este mundo, como confesó un día inolvidable para quienes le escuchaban en el campus de la Universidad de Navarra ante más de treinta

mil personas: «Soy sacerdote secular: sacerdote de Jesucristo, que ama apasionadamente a este mundo», (*Conversaciones*, n. 118).

Una canonización es antes que nada un acto de alabanza a la Trinidad Beatísima. Es también reconocimiento de la victoria de Cristo sobre el pecado. Efectivamente, la santidad no consiste en otra cosa que en una plena identificación con Cristo por obra del Espíritu. Una canonización constituye también un don para toda la Iglesia, que se siente en comunión con aquellos hermanos que han alcanzado ya la gloria eterna: «por su unión íntima con Cristo, los bienaventurados consolidan en la santidad a toda la Iglesia, ennoblecen el culto que ésta tributa a Dios aquí en la tierra y contribuyen de muchas maneras a su edificación» (Conc. Vat. II, Const. *Lumen gentium*, n. 49).

Además, como escribía Ludwig Hertling (DSp II/I, 84), en cada canonización la Iglesia hace uso de su autoridad suprema. La importancia, pues, de lo acontecido el día seis de octubre es extremadamente grande. En efecto, por la canonización, cada santo se convierte en autoridad incontestable en el terreno espiritual. Para «*Scripta Theologica*» este acontecimiento es, además, entrañablemente gozoso y comprometedor: una definitiva llamada a la fidelidad. «*Scripta Theologica*» nació por iniciativa de San Josemaría y dio sus primeros pasos gracias a su aliento e impulso; gracias también a su atención y consejo, incluso en lo que se refiere a pequeños detalles materiales de edición.

Su Santidad Juan Pablo II comenzaba su homilía llamando la atención sobre «el significativo mensaje de la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer» y sobre el hecho de que «él se ha dejado guiar dócilmente por el Espíritu, convencido de que sólo así se puede cumplir plenamente la voluntad de Dios». Señalaba el Papa, además, con palabras que nos llaman a la responsabilidad por el tesoro recibido, que la enseñanza de San Josemaría es hoy «actual y urgente».

Como es bien conocido, la canonización de San Josemaría tuvo lugar ante una inmensa multitud que llenaba la Plaza de San Pedro y se extendía por toda la Via della Conciliazione y hasta llegar incluso a Castel S. Angelo. Sobre esa multitud, que permanecía en un atento recogimiento y en un emocionado silencio, vibraban claras y solemnes las palabras del Papa: «Declaramos y definimos Santo al Beato Josemaría Escrivá de Balaguer y lo inscribimos en el Catálogo de los Santos». En

esa muchedumbre se palpaba un universal sentimiento de gratitud y de humildad, de gozo contenido y de urgencia por llevar a la práctica las enseñanzas del nuevo Santo. Ésos son también los sentimientos y la actitud que, ante la elevación a los altares de Josemaría Escrivá de Balaguer, embargan a quienes llevamos a cabo la tarea de la publicación de «*Scripta Theologica*».

